



MEDINA DE RIOSECO

Si se exceptúan las magnificencias de San Pablo y San Gregorio, no tiene Valladolid, con toda su fama, templos que puedan compararse en magnificencia á los que atesora una villa imperial, enemiga de las comunidades, Medina de Rioseco, que á su lealtad monárquica debió quizás el sorprendente esplendor de sus edificios religiosos. Medina de Rioseco es un emporio comercial, y por allí y por Benavente, camino antiguo de la silla de postas, debiera cruzar un ramal de ferrocarril á enlazar con la línea que lleva á Galicia, y que hoy, pasando por León, describe una curva que alarga el trayecto mucho más de lo necesario.

Un ramal de ferrocarril de vía estrecha

conduce de Valladolid á Rioseco, y lo aprovechamos para visitar, durante las pocas horas que en Rioseco se detiene, las monumentales iglesias de un pueblo, al cabo muy decaído de su primitiva importancia. Los templos de Medina de Rioseco son dignos, no sólo de una gran capital, sino de Roma, por la suntuosidad y esplendor que revisten.

Cuatro visité: Santa María, Santiago, Santa Cruz y San Francisco. Procedamos por orden.

Santa María, que no es quizá la más suntuosa de Rioseco, aun siéndolo tanto, fué la primera adonde nos dirigimos. Hacía un calor sofocante en la plaza que á la iglesia antecede, y cuyas casas son del más puro tipo castellano, el cuerpo superior saledizo, el de abajo formando soportal, sostenido en columnas y zapatas muy características. Los soportales sirven para precaver el ardor del sol en estos países calientes, y en el mío, húmedo y lluvioso, para pasear y esparcirse al abrigo de la intemperie invernal.—Cuando

nos acercábamos á Santa María, nos interpeló una devota, una de esas siluetas españolas que ya van desapareciendo: flaca, apergaminada, amarilla, con mantilla de blondas y pañolón de crespón negro bordado, bajo el cual se adivinaba la angulosa forma del cuerpo. Esta señora (pues lo era y lo parecía) llevaba al brazo el escañito de sentarse en el templo. Su objeto, al dirigirse á nosotros, era advertirnos que «las llaves las tenía el sacristán, y que si queríamos descansar en su casa, nos recibiría con mucho gusto». Agradecemos la buena y espontánea voluntad, pero ya llegaba á guiarnos y auxiliarnos en nuestra rápida excursión por Rioseco un inteligente y celoso guía, don Vicente Pizarro.

Don Vicente Pizarro (bien merece que un párrafo se le dedique) es un hidalgo medinense, que sin saber por qué me recuerda al *caballero del verde gabán*. Obsesivo y hospitalario, como el simpático personaje de Cervantes, bien pudiera decir de sí y de su vida muchas de

aquellas cosas que dijo D. Diego de Miranda, y por las cuales el honrado Sancho quiso besarle los pies, por creerle el primer santo á la gineta que había visto en todos los días de su vida. También don Vicente reparte sus horas entre caza, pesca, buenos libros, trato de amigos y pacíficos solaces campestres.

El Sr. Pizarro se puso enteramente á nuestra disposición, y por su gusto hubiese convertido en jardines todo Rioseco, para brindarnos recreo, sombra y frescura. Su gran lamentación era que no nos detuviésemos en Rioseco por lo menos una semana, para dar vado á la obsesiva corriente de su genio, y porque las riquezas artísticas de Rioseco lo merecen. — Voy á confesar paladinamente uno de los motivos por qué me satisfizo tanto el cordial recibimiento de D. Vicente Pizarro. El hidalgo de Rioseco no es solamente gran agricultor y personaje político. Entre la agricultura y las luchas electorales, encuentra, como dejo indicado, tiempo para leer, y hojea «más los libros pro-

fanos que los devotos». Sorprendido por nuestra llegada á Rioseco, apenas vió á mi hija Blanca, aseguró que la conocía mucho; que había estado con ella en la Exposición y tenido miedo, á su lado, á las figuras de cera del Museo Grevin. Blanca se reía dudando y sin querer asentir, como hacen los niños cuando no se atreven á desmentir á una persona de respeto. La Morena sabía perfectamente que D. Vicente Pizarro no había andado con ella por la Exposición de París. Pero yo comprendía que el cortés caballero hojeara despacio y tenía presentes aun mis *Crónicas de la Exposición*. Estas flaquezas hay que perdonárselas á un autor; porque al fin y al cabo, la literatura nos sale muy de adentro, como que la producimos con lo más delicado y selecto de nuestro organismo; y si no la hacemos mejor, es porque no sabemos, no porque no dediquemos á ella la flor del alma.—Así se explica el que yo goce inocentes satisfacciones al encontrar casualmente, en sitios como Rioseco, alguien que por mis libros

conoce á Blanca, como encontré en Tor-desillas un subscriptor del NUEVO TEATRO CRÍTICO....

Con la útil y grata compañía de D. Vicente Pizarro, entramos, pues, en Santa María, donde nuestro acompañante César Silió pudo reconocer su pila bautismal, que no había visto nunca.—Santa María sorprende por su grandiosidad, por la imponente apariencia de su fábrica, pero no ciertamente por la pureza de su estilo. Hay una torre barroca, mientras la fachada luce la opulencia recargada del último periodo del gótico. El interior es claro, alegre, espléndido; en el elegante retablo mayor trazó Esteban Jordán la vida de la Virgen, y tableros y arquitectura del retablo son ciertamente de una finura y maestría notables; pero ya he dicho que en esta provincia, para que un retablo llame la atención y merezca mención especial, necesita destacarse mucho de entre sus infinitos congéneres que se ven por todas partes, y sorprenden, ó por la escultura, ó por la traza, ó por el estofa-

do, pintado y dorado, ó por todas estas cosas juntas. La condición de distinguirse entre los demás y no confundirse con ninguno, la tiene en Santa María la original y extraña *capilla de los Benaventés*.

Esta capilla, que mi paisano el pintor Villaamil reprodujo, tratándola por aquel modo idealista y soñador que le caracterizaba, es curiosa anticipación, en pleno Renacimiento, de ese churriguerismo ó riberismo que estaba en nuestro carácter y nuestra genialidad, y que, por consiguiente, debía aparecer á la hora y momento en que lo permitiesen las circunstancias. Á mediados del siglo xvi, y en un rincón de España, se incurrió en mayores delirios y se derrochó más fantasía calenturienta que en el Transparente de Toledo ó en la portada del Hospicio de Madrid. El barroquismo, en nuestro suelo, brota por generación espontánea. Es nuestra exaltación, nuestro énfasis, nuestra condición extremosa, reflejada en la arquitectura.

Para describir la capilla de los Bena-

ventes, yo necesitaría un esfuerzo de estilo parecido al que realizó su propio decorador. Convendría amontonar una profusión de tropos, imágenes, transposiciones, prosopopeyas, metáforas, y bordar, pintar, rizar y recamar el idioma. Y aún así, imitando á Flaubert que en *Salambona* quería hacer «algo color de púrpura», haciendo párrafos que fuesen cresterías y follajes, no lograría dar idea de aquel desate de fantasía lujosa, oriental y nimiamente simbólica.

Sólo para ver esta capilla despacio, y descubrir y repasar sus detalles, se necesitaría pasar la semana en Rioseco. Allí hay de todo, desde el género obsceno hasta el macabro: al lado de las sirenas que D. José María Quadrado llama crudamente *indecentes*, la figura esqueletada de la Muerte, que va delante de nuestros primeros padres arrojados del Paraíso, danzando, haciendo muecas y rascando la guitarra. La gran composición que enriquece el cascarón del ábside y que representa el Juicio final, los difuntos saliendo

de sus tumbas y el sumo Juez en su trono sustentado por los cuatro animales del Apocalipsis, me va á servir para encontrar la palabra que define esta capilla. Es una capilla apocalíptica.

Contra mi costumbre, en la capilla de los Benaventes me desagrada ese barniz que llamamos la patina del tiempo. La restauración, que en otros monumentos perjudica, en éste sería necesaria. Los estucos y dorados van desconchándose, y al desconcharse, se afean y parecen maltratados por alguna inundación. Ojalá sea restaurada la capilla de los Benaventes, antes de que fenezca tan extraña obra.

Los sepulcros de los fundadores merecen especial mención. Las estatuas yacentes son un primor de desempeño. Obsérvese que aquí, en nuestra patria, apenas se concibe la estatua en pie ó la estatua ecuestre. Esa idea pagana tenía que venirnos de Italia: nosotros no comprendíamos la representación de un mortal sino de rodillas ó echado en su sepulcro, y con

las manos juntas para implorar la misericordia divina.—También es digna de detenido examen la verja.

Para que no le falte ningún detalle de suntuosidad, la iglesia de Santa María posee mucha y rica plata labrada y repujada, entre la cual se destaca una Custodia, obra del padre del famoso Arfe, dinastía de eximios plateros.

Después de Santa María, otra iglesia parroquial bajo la advocación de Santiago. Por no prodigar descripciones arqueológicas, pues no lo permite el carácter de estas rápidas impresiones, sólo diré que la parroquial de Santiago, cuyo interior es todo armonía, elegancia y magnificencia, se distingue al exterior por una particularidad curiosa: así como se afirma del Escorial, que en su traza imita la hechura de una parrilla, de Santiago de Medina se asegura que remeda—hasta el punto en que es aseQUIBLE á una iglesia tal empeño — la forma del cuerpo de un caballo. La parte trasera de la iglesia, donde sorprende la pureza de las

líneas y perfección en el corte y labrado de la piedra, no deja, — después de que se lo advierten á uno, — de recordar las turgencias y depresiones del anca de un robusto trotón á lo Velázquez; y la fachada también presenta cierta fisonomía equina (siempre después de que á uno se lo dicen). Sólo que al caballo le falta una oreja..., ó sea una de las dos torres cortas que debían servir de orejas á este corcel arquitectónico.

Santa Cruz es la tercer parroquia de Rioseco. Unos la atribuyen á Herrera y otros la creen únicamente *herreriana*. No soy entusiasta de Herrera, y sólo le reconozco la monótona grandeza que se deriva naturalmente de la concepción de planes vastos, del atrevido derroche de espacio, de proceder por grandes masas. Santa Cruz, por ejemplo (sea de Herrera ó provenga sólo de su estilo), es una nave única, enorme, que anticipa el gusto de nuestras modernas estaciones ferroviarias. Lo curioso es que este sistema, cuyo carácter distintivo parece la solidez, no

ha resultado aquí sólido ni cosa que se le parezca. En efecto, la pared lateral de Santa Cruz está desplomada y rajada por inmensa grieta, y apenas contenido el destrozo con zunchos de hierro. Pronto se vendrá á tierra, si no se remedia el daño, mientras tanta iglesia románica y gótica resiste indiferente el ultraje de los siglos.

Una estatuilla de San Francisco de Asís nos enseñaron en la iglesia de Santa Cruz, que me reavivó el deseo de emprender ó de que alguien emprenda con el mismo cariño con que yo lo haría, un libro muy adornado de grabados, que se titule—y que sea—*El arte franciscano en España*. No conozco ningún país de Europa (exceptuando á Italia, que por ley natural, y por la sola existencia del Giotto, tenía que llevarse en esto la primacía) donde la idea franciscana se haya expresado mejor en el arte. Nuestros San Franciscos de madera son una creación: tal es la vida mística que supieron infundirles nuestros escultores. Uno de los San Franciscos más expresivos y sen-

tidos es el que me enseñaron en Santa Cruz. Tiene esa prolongación de líneas y ese misterioso ascetismo en la actitud, que ofrece el de Pedro de Mena en Toledo: actitud mitad arrobada, mitad penitente, que contrasta con el movimiento que suelen imprimir los escultores españoles á sus efigies.—La cabeza de la estatua, que lo dice *todo*, es de quita y pon: se puede colocar en diversas posiciones dentro de la capucha, y en cualquiera que se coloque está igualmente bien, y es idéntico el efecto de la sublime cara.

Vimos también el derruido convento de San Francisco.... ¡Oh dolor! Apenas hay ciudad de España donde el convento de San Francisco no esté desmoronado, y abandonada su iglesia. El de mi pueblo, donde existe (ó existió, pues hoy no hay medio de penetrar allí) el sepulcro de Fray Benincasa de Tuderto, compañero de San Francisco...., dedicado á presidio primero y á almacén de maderas después; el de Guadalajara, guardando el material de Ingenieros; el de Ávila,

sirviendo de establo á bravíos novillos.... Y este de Medina de Rioseco,—que tiene porte de catedral, que poseyó toda clase de riquezas artísticas,—abierto al agua del cielo y cruzado por las palomas que libremente penetran por las hendiduras de la techumbre, aún luce, en su abandono, interesantes restos de antiguo esplendor; aún oran ante el altar dos bellas figuras, arrodilladas, de bronce según Quadrado, de cobre según D. Vicente Pizarro, y según su color indica.—No costaría mucho restaurar tan bella iglesia. Parte de sus notables vidrios de colores los aprovecharon para una capillita las Hermanas de la Caridad.

Pocos minutos faltaban para la salida del tren, y aún lidiábamos con las atenciones del Caballero del verde gabán, que nos obsequiaba con golosas yemas y albaricoques en dulce, honor de la confitería de Rioseco.... Todo se remedió con una corrida por las calles del pueblo, que, á diferencia de las solitarias de Simancas, son animadas, concurridas y alegres.

Blanca llevaba en brazos una palomita moñuda, regalo de D. Vicente; pero, al poco rato, la paloma se la voló. Yo no quisiera que me sucediese otro tanto con el recuerdo de esta villa señorial: por eso lo archivo aquí.



DON MANUEL CAÑETE

(NECROLOGÍA.)

Si fuese lícito encabezar con ingeniosidades un trabajo de esta índole, yo daría principio á la necrología de D. Manuel Cañete diciendo que las letras patrias están de medio luto, gris ó negro con cabos blancos, por la muerte de literato tan estimable y laborioso.

De riguroso luto, no puedo decir en conciencia que lo estén. ¿Qué reservamos entonces para los días realmente nefastos, en que desaparecen del horizonte astros como Alarcon, por no citar sino al último que perdimos? Criticar no se reduce á juzgar; importa mucho distinguir, y una de las verdades más fecundas que deben inculcarse al público, sobrado propenso á ponerlas en olvido, es que